

## El constructor de cometas

Por primera vez en muchos días soplaba una leve brisa, cuya cálida lengua lamía la piel maltratada por el sol. El anciano carpintero alzó el martillo y golpeó tres veces más la pata de la mesa que estaba fabricando, hasta que quedó bien sujeta. Hubo un tiempo, casi tan olvidado como la mayor parte de las tradiciones ancestrales, en que sus manos trataban la madera para confeccionar todo tipo de máscaras y abalorios, utilizados en las danzas rituales del clan al que pertenecía. Ahora, el propósito de su trabajo, influenciado por los aires modernos que procedían del hombre blanco, era más pragmático: la fabricación de muebles.

Meditabundo, el viejo Ndongo soltó las herramientas, examinó la mesa y, una vez consideró que realmente había concluido la reparación, se levantó para apartarla hacia un rincón del taller hasta que su dueño acudiera a recogerla. Desde su asiento, el joven Nga le observaba con suma atención, estudiando cada movimiento, cada maniobra, como el aprendiz que desea emular a su maestro.

Ndongo cruzó una mirada con Nga, en cuyo rostro infantil se reconocía un hermoso compendio de los rasgos angoleños más característicos, y sonrió mientras se sacudía el serrín de las manos y echaba a un lado con las sandalias las virutas que salpicaban el suelo de tierra. Luego se asomó a la puerta durante apenas un minuto - la calle era transitada por algún que otro viandante que paraba en los tenderetes para provisionarse de fruta y hortalizas-, y suspiró antes de volver a su puesto de trabajo.

Pero esta vez, para relajarse un poco, retomó la construcción de esa cometa que tenía abandonada en la pared desde la semana anterior. Inspeccionó su estructura, con forma de rombo, cerciorándose de que era suficientemente fuerte para soportar la tensión de la lona, y se aprestó a seguir cosiéndola para que estuviera preparada para volar.

-En mis sueños, a veces siento que estoy volando –prorrumpió Nga, con el semblante serio, muy recto sobre el respaldo de su silla-. Pero no como si fuera un pájaro, con los brazos extendidos como alas.

-¿Cómo entonces? –preguntó el anciano. Y, al fruncir el ceño, la frente y el cerco de los ojos se le arrugaron en una infinidad de fisuras negras, por lo que sus ojos blancos y cansados resaltaron aún más.

-Vuelo como una cometa, como tú me has dicho que vuelan las cometas.

-Cuéntamelo.

-Vuelo con el viento, siguiendo las corrientes, como si caminara por senderos sinuosos que se retuercen sobre sí mismos.

-Así vuelan las cometas –corroboró Ndongo, con una amplia sonrisa que dejó al descubierto su irregular dentadura-, a expensas del viento.

-¿Y por qué construyes cometas, abuelo? Aquí casi nunca hace viento para poder hacer que vuelen...

-Casi nunca, es cierto –respondió el anciano ante la objeción del chico, al tiempo que aseguraba las costuras en los vértices. Por un instante, miró hacia el exterior, donde la fuerza del aire seguía creciendo-. Pero hoy sería un buen día para intentarlo. De todas formas, lo hago porque me tranquiliza y me distrae. Supone un rato de descanso, entre un encargo y otro. Un día, cuando viajé a la ciudad, vi a un niño blanco tratando de hacer volar una cometa en el parque. Naturalmente, no lo conseguí, porque tampoco entonces corría viento. Pero se me quedó grabada en la memoria la imagen de ese artefacto, con una larga cola de color, sostenida por un largo cordel de hilo que se desenrollaba a medida que ascendía... Desde entonces, empecé a construir cometas.

-¿Para qué? –insistió Nga, que no terminaba de comprenderle.

-Ya te lo he dicho, para distraerme y hacer más ameno el trabajo.

-¿No las haces para que vuelen?

-¿Tú crees que volarán? –inquirió Ndongo a su nieto después de una pausa que prolongó intencionadamente-. Habría que probar. Hoy sería un buen día para probarlo.

Nga bajó la mirada, apesadumbrado, alicaído de repente como si hubiera perdido todo el entusiasmo que llenaba su vida. Pero, cada vez que bajaba la mirada, volvía a subirla en seguida, porque abajo sólo veía lo que menos le gustaba ver.

-Yo jamás podré hacer volar una cometa, aunque haga mucho viento.

-Nga, eso no es verdad. Si tú has volado como una cometa en tu imaginación, podrás hacer volar una en persona. Todo lo que te propongas –aseveró clavándose el dedo índice de la mano derecha en la sien, para luego señalar hacia el niño con vehemencia-, lo puedes hacer realidad. No lo dudes.

-¿Cómo voy a hacerlo? –protestó el niño con un gesto de dolor-. Eh, dime, abuelo, ¿cómo voy a hacerlo?

Ndongo y Nga se miraron de hito en hito. El viejo artesano se fijó en las cicatrices que cubrían las piernas del chico, en los muñones en que terminaban, apoyados sobre la tabla de la silla. Dos años antes, cuando jugaba en el campo, mientras iba a por agua a un pozo, el peso de su frágil cuerpo activó el resorte de una

mina antipersonal enterrada entre la maleza y ésta estalló, arrancándole ambas extremidades. Afortunadamente, el hecho de ir corriendo le permitió no perder también la vida.

-Yo te ayudaré.

Seleccionado en el II Certamen de Relatos Cortos Abaco  
para su inclusión en la antología *Pequeños grandes cuentos* (2007).